



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12458

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

JUEVES 14 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Casimir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Los festejos de feria

Hoy estaba citada en el ayuntamiento la comisión de ferias, para ocuparse de los festejos que han de hacerse en el próximo verano.

No creemos que se acuerde nada en esa reunión preliminar. Se cambiarán impresiones, se tanteará el presupuesto a tal asunto dedicado, se ojearán cuentas pasadas para hacerse cargo del coste de cada fiesta en los años anteriores y es posible que no pase mas adelante en esta primera junta la comisión de festejos; pues aunque parezca fácil, es cuestión de mucho trabajo y tiempo organizar un programa, si este ha de responder a la fama que en la cuestión de festejos ha adquirido Cartagena.

No sabemos al presente lo que pensará la comisión; ignoramos si su propósito será, en principio, hacer un programa amplio ó lo confeccionar reducido, persiguiendo la minoría de gastos; mas cualquiera que aquel sea, creemos que no debe prescindir de lo que el año pasado llamo, sobre las cosas, la atención de los forasteros.

Tratándose de un programa de festejos de verano, es imprescindible la velada marítima. No se concibe después de tantos años que viene celebrándose esa fiesta, que se prescinda de ese espectáculo fantástico que ha sido fama a nuestro puerto y que atrae concurrencia bastante superior a la que atrae la mas popular entre las fiestas españolas: la de toros. Espectáculo que congrega en los muelles tantos miles de almas, venidas de la provincia y fuera de ella, debe conservarse, mejorándolo, para hacerlo cada año mas grandioso, mas fantástico, mas atrayente.

La manera de realizarlo ya la verá la comisión. Dos procedi-

mientos se han puesto en practica hasta ahora: el de premios y el de concurso. El primero murio á manos del mercantilismo; el segundo descubrió el año pasado defectos que lo pueden llevar á tomar aspecto mercantil y hay que evitarlo. Sin duda lo evitara la comisión.

Hay otros dos asuntos que, como la velada, reclaman preferencia. El pabellón municipal con su espléndida iluminación y el arco de la feria con sus miles de luces de colores. Del primero es inútil hablar, por que como no se desmonta, sigue instalado. Del segundo... no quedaria la población en buen lugar si no adornara el real de la feria.

Fuera de esas tres cosas, las tres necesarias, puede hacer la comisión lo que bien le parezca; ampliar el programa mas ó menos, conforme a la partida consignada para gastos de feria; pero sea cualquiera el que forme, debe tomar para base del mismo la velada, el pabellón y el arco.

HERETAZOS

Si por las noticias oficiales habíamos de enterarnos de lo que pasa en el imperio marroquí, ya estaríamos frescos.

No hace mucho dijo el ministro de España que allí solo quedaban los males que dejan las contiendas fratricidas.

Y efectivamente, solo queda una guerra descomparada y silenciosa.

Después dijo el presidente del Consejo que en Tetuán no había súditos españoles.

Y no hay más que doscientos veinte entre hombres, chiquillos y mujeres.

Y tan es así que ha ido á servirlos de amparo el crucero «Infanta Isabel».

¿Qué dirá á eso el Sr. Abarzuza? ¿Que no es cosa mayor lo de Marruecos?

Sin embargo, dice Silveira que la situación de Tetuán es gravísima.

¡Ay! cuando pienso que el ministro de Estado niega que no están inteligencias Francia é Inglaterra en la cuestión de Marruecos, creo todo lo contrario.

Y es que al Sr. Abarzuza hay que entenderlo al revés.

Cosa que niega se confirma. Y como él afirma una cosa, tengan ustedes la seguridad de que no pasa.

Es desgracia la de ese ministro.

Cada día trae una cosa nueva y el de hoy nos ha traído un descubrimiento peregrino.

Lo ha hecho el «Diario de Barcelona» y lo ha dado á conocer en estas líneas:

«La culpa de la ruina de España la tienen los diarios rotativos por la codicia de los malditos cinco céntimos.»

El «Diario de Barcelona» no debe ser grande.

¡Item! Debe darse de bulto á los lectores, para que no se sospeche que con su publicación persigue un negocio.

Lo raro, colega, es que eso que produce la ruina de España no influye en las demás naciones.

Para grandes rotativos Francia é Inglaterra.

Y no están arruinadas ni van camino de la ruina.

¡Padecerá el «Diario» de nostalgia? Pues amigo, aliviarase.

Un periódico catalán hace la crónica de los sucesos tristes y sangrientos debidos á la restauración y entre un conflicto escolar que se avecina y la indignación que Sevilla padece porque el gobierno va á entregar una mera reclamada, apunta este:

«Cegida de los toreros Lagartijillo y Marroca.»

Eso es otra descomulgación que me ha dejado turbado.

¡Cérolis, cuánto desbarbar!

De eso á echar la culpa al presidente del Consejo porque se pierde la cosecha ó á Manra de que válgan diez pesetas un par de gallos, no hay un canto de duro.

Con argumentos tales, elevados á artículos de fé, bien puede un comerciante no garra á pagar letras, escuchada en que á consecuencia de haber salido del ministerio Villaverde, se le ha retirado la parroquia y no mete un dón en el cajón.

COSECHA DE MI TIERRA

EN EL CIELO

Se representaba en el teatro Principal de Málaga la comedia de magia «La pata de

cabras» arreglo de Grimaldi, que hizo las delicias de varias generaciones infantiles y que todavía suele dar buenas entradas.

Para el último acto un pintor escenógrafo italiano habia pintado una decoración magnífica que representaba el cielo. El pinos del florentino habia allí amontonado nubes, estrellas y resplandores.

Para completar la perspectiva era necesario presentar unos cuantos comparas vestidos de ángeles con túnicas blancas, alas de gasa y papel dorado, guirnaldas y coronas de flores.

Se encargó á Guerra, el sbo de comparas que encabeza contra megalvetos que fueran formalitas y no mal parecidos, á fin de que tuviera ingreso en aquella corte celestial del último acto, que haría destacar las figuras de Leonor y de D. Juan, vencedoras de las pretensiones de D. Simplicio de Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Ruy y del resto de magiques y brujos.

Para reatime de angel fué designado «Pepillo el del Altorano», zagalón de diez años y siete años, de correctos taños y pelo rubio, aunque no tan blanco de cara como el papel se quiere, pues los aires del «Legión» lo habian puesto más moreno de lo que su realidad debía ser.

Malas lenguas aseguraban que era un tantico aducionado á lo ageno y si hemos de ser leales confesaremos, á fuer de honrados cronistas de este suceso, que Pepillo se reunía con mala gente, especialmente con el «Picón» y la «Virja», rateros acreditados, con títulos revisados en la Jefatura de policía y en los archivos de la Audiencia.

Por lo demás era simpático, dicharachero y travieso, vestía con regular elegancia y no era mal visto del bello sexo del barrio de la Victoria.

Aceptó con orgullo el papel de angel, agradeciendo la distinción, y cuando llegó el momento de la apoteosis, cumplió á maravilla sus deberes, hasta el punto de considerarse como partícipe de los aplausos del público que obligaron á anjir el telón que ó tres veces, con harto sentimiento de la actriz que hacia el papel de Leonor, colocaba en sitio peligroso y en postura bastante incómoda.

Mientras esto ocurría en el teatro Principal varios rateros sustraían unos cuantos objetos del aparador de la Agencia de préstamos de la calle de la Peña.

La policía pudo detener á uno de los autores del hurto que resultó ser el «Picón», el amigo íntimo de Pepillo.

Hizo la mala suerte de aquél, que se en-

cargase de conducirle á la cárcel un cabo de la guardia civil, el cual después de convencientes argumentos, consiguió que el «Picón» diese los nombres de los compañeros que le habian ayudado á tomar los objetos contra la voluntad del dueño... de la Agencia.

El mozalveta empezó á dar nombres, unos tras otros, y entre ellos citó á «Epiullo el del Altorano.»

Descansando se hallaba éste de su estancia á las regiones etéreas, cuando se vió despertado por Santos y Frías, algunos agentes de la partida secreta, quienes cumpliendo órdenes superiores, lo llevaron atado como con codo á la presencia del juez.

No se explicaba Pepillo aquella arbitraria pérdida de libertad, ni aquel paso que le hicieron dar por la Cruz Verde y la calle de los Frailes con detrimento de su buen crédito.

Echaba sus cuentas y no veía la causa de su detención, pues aunque tenía recuerdos de antiguas familias, éstas aunque eran varias, las consideraba en el olvido.

El juez mandó que lo desahucen y aducándole una mirada investigadora, le dijo: —Vamos á ver, necesito que digas la verdad.

—¡Señor juez, si yo no lo he hecho así— contestó llorando el del Altorano.

—¡Es cierto que anoche á las once te apoderaste de un reloj, de una pulsera de plata y de otros objetos...!

—Ay, señor, eso es una casualidad.

—Confiesa y será lo mejor— dijo el juez con visible mal humor.

—¡Por la gloria é mi papá, que yo no sé una palabra de eso! —Entonces ¿dónde estabas anoche á esa hora?

El muchacho vió un rayo de luz, comprendió que podía probarse su inocencia y gritó muy alegre y esperanzado.

—¡En el cielo, señor juez! En el cielo!

Narciso Díaz de Escobar.

CURIOSIDADES

Una desgracia sensible

Dicen de Ginebra que visitando la cascada de Schaffhausen las alumnas de un colegio de señoritas, algunas de ellas se colgaron sobre las rocas que forman la cascada.

122 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

era preciso murmurar de la una y cohar de menos á la otra; Mr. de Lorville, armado con medio tan sencillez, creía asegurado el éxito.

Edgar y Valentina habian experimentado ya en esta noche más emociones que Estefanía y su joven futuro en los dos años que se amaban. ¡Qué diferencia entre la agitación de un amor nascente, irritado por el talento, alumbrado por una imaginación brillante, y ese sentimiento dulce y sin turbación, esa esperanza de una dicha cierta, esa ternura indolente no alterada por ningún obstáculo?

Desde que Edgar descubrió que madama de Champéry era la misma que habia cautivado su atención algunos días antes, resobró todo su ascendiente sobre él; su júbilo fué bien grande, cuando él acompañó hasta la puerta de la escalera Mr. de Tontvenal, que los habia observado toda la noche, le dijo con despecho.

—No sé, amigo mío, si ella consultaba á su secreto, pero temo que bien pronto ocurrirá dos.

—¡Celos ya! pensó Edgar.

Hacia bien en recogerse; nada inoita más para agrandar que los celos que se inspiran.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 123

—En efecto, repuso Mr. de Lorville; hé aquí sobre esta consola un busto bien animado de su monarca.

En este momento entró el marqués; estaba pálido, como quien acaba de incomodarse, pero gracioso y político como un hombre que sabe sostenerse.

—Mil perdones, señores, dijo, por haberos hecho esperar en una sala tan desahogada.

—Yo soy el que debe excusarme; temo haber venido para incomodarme; pero Mr. de Lorville, añadió designando á Edgar, desea comprar esta casa, y me ha tomado la libertad de traerle... quizás hayamos venido muy temprano.

—No, en verdad, repuso el marqués sin mirar al propietario.

Después, dirigiéndose á Mr. de Lorville, le habló algunas palabras con una aire benévolo, de un hombre de buena posición cuando habla á un igual ego, mientras que con el propietario habia usado una política afectada que parece decir:

—Nada de los nuestros.

Recordaron espontáneamente todas las piezas de la habitación. Al atravesar la aljoba de la marquesa, Mr. de Lorville apercebíó una señora sentada delante de un escritorio y ocupada en escribir rápidamente una carta, cuyo borrador estaba delante. Curioso por saber lo que escribía, y de qué provenía la impresión que habia notado existía en esta familia, Edgar miró

XV
El duque de Lorville estrechaba á su hijo único para que contratase matrimonio. Edgar, descomulgado del mundo, que ya conocía demasiado, deseaba también una vida íntima y de afectación. Sentía la necesidad de tener en su casa quien le esperase con impaciencia y le recibiera con júbilo; preocupado con este yago proyecto y un plazer más vago aun, deseaba comprar una casa en París y establecerse desde luego inmediatamente con la mujer que él se imaginaba. Una mañana se dirigió á la Rue de Bac, para ver de-